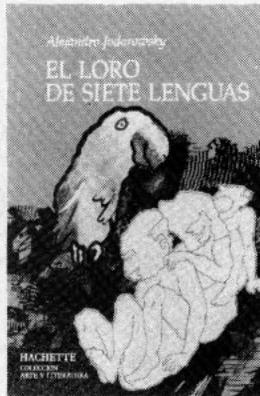


UNA GIGANTESCA PARABOLA

por Claudio Giacconi



EL LORO DE SIETE LENGUAS

Alejandro Jodorowsky

Hachette, Santiago, 1991
341 páginas

Poco antes de morir, Marguerite Yourcenar lamentaba la pérdida progresiva de la autonomía creadora entre los escritores del mundo actual; en suma, que rara vez escribían los libros que desearían realmente escribir sino aquellos demandados por las leyes sacrosantas del mercado. Por ahí en alguna entrevista periodística otra gran escritora -la sudafricana Nadine Gordimer- ha dicho que el escritor debe sentirse libre de los escrúpulos respecto a los vivos y que, para lograrlo, debe asumir que está escribiendo después de haberse muerto.

Son dos alcances que se vienen a la memoria, que restituirían la lamentada pérdida de la autonomía y que son especialmente relevantes al leer una novela como *El loro de siete lenguas* de Alejandro Jodorowsky. Un libro-autor, el único, el mismísimo que Jodorowsky siempre quiso escribir, desde que saliera hace ya cuatro décadas de la calle Matucana a "conquistar el mundo" vía París y otras capitales, como se dijo con tropicalismo perdonable durante su lanzamiento en la Plaza del Mulato Gil. Es la novela que el Jodorowsky lector deseaba leer y -a falta de ella- debió inventarla y escribirla como se le vino en gana y... al diablo el "qué dirán" y las leyes del mercado erigidas en árbitro uniformador del gusto. Escrita a espaldas de solicitaciones espurias, sin el ojo puesto miopemente en la "taquilla", que convierte el escritor en un bufón deplorable o en un mero apéndice acomodaticio de los consorcios comunicacionales de hoy, este "loro de siete lenguas" da una trastada a tal estado de cosas.

Y una de esas cosas, esa cosa de antaño que era el placer de la lectura, está rescatada aquí con creces en un relato que fluye a chorros página tras página sin desfallecimientos expresivos. Es una prosa que, según lo requiera el caso, sabe gemir, rugir o, simplemente, cantar en un textualidad más próxima a la poesía que a la narrativa tradicional.

Es casi un lujo leer hoy en día una novela que no pretenda nada, que no tenga finalidad aparente alguna ni se preste a utilitarismos de ninguna especie; que sea, en fin, un soberano acto gratuito en que el autor no aspire más que al solazarse -y solazarnos- *per se* en los misterios iluminatorios de la escritura. Condensar estas apretadas 341 páginas para explicar de qué se trata esta obra extraña sería errar el tiro. Hay mucho más de lo que se ve a simple vista en una reflexión largamente fraguada y dosificada con mano de artista demiurgo.

En las tiradas promocionales que rodearon su aparición se abundó en el hecho de que el *El loro de siete lenguas* sería una especie de panorama de la peripecia vital de la "Generación del 50". Algo de eso hay, pero del hecho literal al hecho literario hay mucho trecho. Felizmente, pues, no se trata de un *roman à clef* con sus mecánicas tan trajinadas, ni tampoco es -lo es aún menos- un informe supuestamente realista de la "vida y opiniones" de la gente del medio siglo. Quien se adentre en su lectura para constatar si Ga, Akk, Demetrio, Estrella Díaz Barum y otros personajes funambulescos de la época son identificables con tales o cuales personajes de la vida real, se verá supinamente defraudado. El dato realista de tales personajes es lo que menos le interesa a su autor. El punto de partida puede ser reconocible para quienes están al tanto de la *petite histoire* de la bohemia santiaguina del medio siglo, pero en absoluto lo es su punto de llegada. Jodorowsky

usa su material para construir una gigantesca parábola. De otro modo, el lector incauto sólo encontrará una colección de personajes y situaciones fuera de tiesto, un pandemonium grotesco y extemporáneo.

Como partida, Jodorowsky se propuso siempre divertir, pero su obsesión por los payasos está equitativamente compartida con la magia negra, su tendencia desatada a lo rocambolesco, la teosofía y otros pastos esotéricos por el estilo. Pero todo ello no es sino el andamiaje para comunicar su visión singular del mundo y de nuestro tránsito por él, casi un pretexto para expresar contenidos que distan mucho de ser divertidos (¡jajajá!) y que se van para adentro en un mudo jejeje... ¿Será por esto que Gegé (Vihuela) es el nombre de su Presidente de la República que sube al poder con el apoyo de los comunistas para luego traicionarlos para gran ira del fantasmal poeta nacional Juan Neryña?

Si se acepta la proposición-cliché de que la novela es una prolongación de la epopeya, la obra de Jodorowsky sería una prueba irredargüible de ello. Sin embargo, en zonas tan aradas como la de la novela se necesitan nuevos abonos para fertilizar el suelo ya agotado y volver a dar de este modo frutos frescos a la imaginación.

Opera postmodernista (piénsese en *Nixon en China*), Grand Guignol, teatro del ridículo, circo de carpa pobre, *happening* dadaísta, comics (no en vano Jodorowsky es uno de los maestros indiscutidos del género en Europa) y, *last but not least*, el cine, pero no cualquier cine, sino el cine pánico, por cierto, del propio Jodorowsky, son algunos de los fertilizantes para producir la ficción total a que apunta el autor, donde lo plausible pasa a segundo término para que brille como joya única el imperio de la imaginación pura, sin siquiera molestarse por las inconsistentes lógicas que todo ello pueda engendrar, como si quisiera consolidar el aserto dostoevskiano de que no hay nada más real que la fantasía. El peregrinaje ridículo que emprenden los "Compañeros de la Papa Florida" a una reserva de la Araucanía en busca del Santo Graal es emblemático de todos los grandes viajes literarios, en que lo que se encuentra es menos importante que la búsqueda misma; un "viaje al fin de la noche" del ser...